

EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.



AÑO I.

1.º de Abril de 1869.

NÚM. 1.º

LA PALABRA DEL LICEO.

I.

Debo la honra de inaugurar las tareas periodísticas de esta culta sociedad por mí fundada veinte y dos años hace, no ciertamente á este vínculo de filiación, tampoco á mi pobre talento y escasa ciencia, sino únicamente á la bondad y el afecto de mis socios y amigos. Han deseado que un escrito mio lleve las primeras páginas de esta revista, sin duda para galardonar en mí, antes que al presidente de la sección de ciencias y literatura y al profesor de la escuela de este liceo, al consecuente redactor del célebre periódico de 1838 á 1843, «La Alhambra» primitiva, importantísimo semanario del antiguo liceo que tuvimos en la calle de la Duquesa.

Llamo célebre á aquel periódico, que en sus últimos tiempos redacté como segundo del eminente granadino Excmo. é Ilmo. Sr. D. Nicolás Peñalver y Lopez, el cual acaba de morir lleno de gloria, justamente adquirida, lo mismo en la magistratura que en la república de las letras; porque yo apenas hice en los primeros tomos de «La Alhambra» otra cosa, sino exprimir en versos incorrectísimos los sentimientos de un corazón en que reboaban el amor, la amistad y el entusiasmo propios de los diez y ocho años y los veinte, hablando el dulce y florido idioma de la pasión, ó como dice un poeta:

«en el lenguaje de los dioses digno.»

Por eso no es un acto de inmodestia el alabar los frutos, elogiados por personas muy competentes dentro y fuera de España, de aquel liceo y aquella revista, de que fui, decirse puede con palabras de otro poeta más festivo:

«yo el menor padre de todos.....»

En la época del año 38 al 43 brillaron en Granada, mejor que como estrellas y luceros de este cielo bendecido por Dios, todavía entonces de nocturna sombra no enteramente despejado, como verdaderos soles que lucían

con magnífico esplendor en la sorprendente aurora del gran día de nuestra regeneración científica, literaria y artística, los Burgos, Castro y Orozco (Marqués de Gerona), Torres Pardo, Ortiz de Zúñiga, Cambrónero, García Valenzuela, Gonzalez Vals, Alvarez Sotomayor, Torres (D. Juan Nepomuceno), Márquez, Fernandez Guerra, Romea, Cañete, Salido, Gonzalez Aurioles, Rada, Montells, Pugnaire, Amador, Lerchundi, Alonso, Roda, Lafuente Alcántara, Salazar (D. Juan Bautista), Andreo Dampierre (D. Salvador), Montes, Lirola, Talavera y tantos otros filósofos, estadistas, juriscultos, economistas, médicos, químicos, filólogos, eruditos, poetas, novelistas, anticuarios y artistas, como trabajaron con felicísimo éxito en las cátedras, la tribuna y el periódico de nuestra inolvidable sociedad.

Justo es hacer constar aquí, que con los hombres distinguidos y eminentes del antiguo liceo alternaban en sus honrosas tareas, compartiendo con razón sus inmarcesibles laureles, muchas ilustres y apreciables poetisas; como las Señoras Doña Dolores Gomez de Cádiz de Velasco, Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, (oculta entonces bajo el pseudónimo de *La Peregrina*), Doña Carmen Velasco de Bouvier, Doña María Mendoza, Doña Dolores Arraez, Doña Ana María Venera, Doña Josefa Moreno Nartos y otras que siento no citar por no tener en este momento á la vista toda la colección de «La Alhambra.» Y no es menos debido manifestar, que tambien contribuían poderosamente á la brillante existencia y á la indisputable gloria de aquel liceo, en la sección de artes, las Señoras Doña Carmen y Doña Soledad Enriquez, Doña Angeles y Doña Josefa Abarrátegui, Doña Narcisa y Doña Clementina Careaga y Heredia, Doña Aurora Perez del Pulgar y Doña Carlota Garcia; y á su lado los artistas granadinos y sus discípulos más aventajados Don Manuel Gonzalez, Don Francisco Enriquez, Don Cecilio Corro, Don Luis Fernandez Guerra, Don Andrés Giuliani, Don José Llop, Don Manuel Ginés Noguera, Don Salvador Amador, Don Juan Pugnaire, Don Francisco Trevijano, D. Cristóbal Perez del Pulgar, Don Cipriano Retortillo, Don Miguel y Don Antonio Marin, Don Manuel de

Salas, Don José Vilchez y otros más: en la seccion de música, las Señoras Doña Concepcion Mendez, Doña Emilia Zayas, Doña Dolores Vela, Doña Concepcion Lucg, Doña Dolores Reyes, Doña Prudencia y Doña Valentina Bouligni, Doña Paulina Tejedor, Doña Pura Moya, Doña Francisca Font, Doña Angustias Valdivia, y los profesores y aficionados Don Salvador Andreo Dampierre, Don Agustin Salido, Don Juan Benitez, Don Francisco Valladar, Don Domingo y Don Rafael Martin, Don Juan Bautista Salazar, Don Ramon Sardina, Don Francisco Martinez Baños, Don Bernabé Ruiz, Don Antonio Palancar, Don José Teruel y otros; y en la seccion de declamacion, las Señoras Doña Enriqueta Segura, Doña Valentina Bouligni, la Señorita de Tentor, y Don Cecilio Guzman y Ontiveros, Don José Mauri, Don Francisco Castilla, Don Juan Mendez, Don Agustin Salido y otros muchos; pues era tanta la verdadera y franca amistad que á todos nos unia, tanto el deseo de que se funcionase, tal el completo abandono de nécias preocupaciones y etiquetas ridiculas, que alguna vez vi en escena, como comparsas, á los caballeros más nobles y distinguidos y á los hombres más serios y respetables, como el Excmo. Sr. Marqués del Salar, presidente del liceo, y los Señores Don Juan Abarrátegui, que lo era de esta seccion, Don Juan Bautista Salazar, Don Juan Fonseca, Don Miguel Enriquez Campos, Don Juan de Dios de la Rada, Don Miguel de Roda y otros. El director de aquel teatro fué por espacio de mucho tiempo el célebre maestro y actor de inmortal fama Don José Valero, así como nos explicaba en la cátedra el arte de la declamacion el sabio profesor, actor eminente y profundo literato, Don Julian Romea. Y no quiero omitir que alguna vez nos hizo el obsequio de honrar nuestro teatrillo la ilustre actriz y dignísima señora Doña Joaquina Baus; igualmente que solian tomar parte en nuestras sesiones de música y competencia, la simpática y apreciable señorita Doña Juana Perez (Juanita Perez entre sus amigos,) y otras y otros artistas de las compañías líricas y dramáticas que actuaban en el teatro público.

Pero basta de historia; que, si bien creo no es inútil ni parecerá inoportuna esta mirada retrospectiva, es de temer que algun descontentadizo lector, ó alguna lectora tan maliciosa como bella, me diga que es achaque de viejos el traer á cada paso las memorias de su remota juventud; y gracias á que, por cuanto hablo de otros y no de mí, no podrá compararme con aquellos soldados valentones que vueltos dichosamente al seno de la familia, se inflaman, regodean y extasían refiriendo á sus nietos y sobrinos las insignes hazañas, frecuentemente novelescas, que llevaron á tér-

mino y remate cuando andaban por ese mundo de Dios.

Vamos, pues, á tratar de esta revista, la cual, aunque olvidada un momento, es el objeto único de este artículo inaugural, de introduccion ó prólogo, tan conveniente para el autor como todos los de su clase, cuanto enojoso para las cabecitas ligeras y los espíritus fuertes.

II.

No hace mucho tiempo, leí con sumo gusto, en el prospecto de un periódico no político que dirige un profesor ilustrado, unas palabras, que juzgo muy apropiadas para venir á mi asunto: «En una época turbulenta, en que cambian todas las instituciones, en que se resienten todas las clases sociales; cuando la fiebre política conmueve los ánimos, exalta todos los cerebros, y la marcha fatal de los asuntos de la patria absorbe por completo la atencion general de los hombres pensadores, la aparicion de un periódico, órgano de la enseñanza pública y privada..... podrá parecer, á primera vista, para frívolas inteligencias, como de escaso interés, de inoportuna aplicacion y de inciertos resultados.»

Pero á poco que se medite, fácil es conocer la grandísima importancia, mejor dicho, la urgente necesidad de los periódicos de esta clase, periódicos elevados sobre la agitada atmósfera de los intereses políticos y colocados en la region serena del pensamiento; periódicos científicos y literarios, en los que aprovechando el escritor los beneficios de la libertad de imprenta, y haciendo de ella buen uso, sirva con rectitud, desinterés y patriotismo á la causa de la civilizacion y la humanidad; no valiéndose de otras armas que las del raciocinio y la enseñanza de las letras, las ciencias y las artes; recorriendo las esferas todas de la historia y la filosofía; mucho más cuando estos mismos periódicos vienen á ser, como el presente, á la manera de un eco que fielmente reproduce los trabajos intelectuales de una ó varias corporaciones ilustradas, cuyo instituto principal es la instruccion de nuestros conciudadanos.

Por que, como ha dicho con innegable razon un publicista contemporáneo, en la sucesion instantánea y veloz de los acontecimientos; en la necesidad siempre nueva, siempre distinta, siempre inopinada que cada día surge en la vida pública; en la multitud y variedad inacabable de ideas que en la mente del pueblo brotan á cada instante; en la prodigiosa y múltiple diversidad de planes que se forman y de realizaciones que ocurren en la esfera gubernamental; en la aparicion de principios, en el choque de los partidos, en las tenden-

cias que se dibujan, en las aspiraciones que se alientan, en los proyectos que se formulan, en la inconstancia de la polémica, en el apasionamiento de la lucha, en el fuego del alma, en la inquietud vividora de la mente, en las esperanzas, en los temores, en los afanes, en todo eso que constituye la vida política diaria, la vida del momento, mientras la rapidez del tiempo nos arrebatara las horas; en todo eso, decimos, el libro es imposible.

Y por lo mismo que hoy, en estos momentos, es imposible el libro; porque no hay espacio para leerle y falta tranquilidad para estudiarle, y mucho más faltan tranquilidad y espacio para hacerle; hay otra cosa, inferior sin duda al libro, aunque superior al periódico diario que nos trae todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches, las noticias, las impresiones y los juicios que satisfacen nuestra curiosidad, sostienen y aumentan la sobrecitación de nuestro espíritu y halagan la pureza de nuestra inteligencia, encargándose de pensar por nosotros; y esto que es menos que el libro, imposible en estos instantes, pero más que el diario de polémica estéril, infecundo, tal vez nocivo para la ilustración del pueblo, para el bien de la humanidad, para la verdadera civilización; esta otra cosa es el periódico científico, literario y artístico; eco fiel de los liceos, academias y sociedades ilustradas, profesorado público, cátedras y escuelas de toda especie; mantenedor leal del amor y el culto de los hombres entendidos a la sabiduría en sus infinitas variedades; dispensador de una sana y pacífica enseñanza a todas las clases de la sociedad, que si no pueden vivir sólo de pan, como está dicho por quien no se equivoca, es preciso que reciban el pasto intelectual indispensable para la vida y nutrición, para el desarrollo y perfeccionamiento del espíritu.

Un periódico que franca y noblemente se consagre a la defensa y propagación de los intereses morales y materiales del pueblo español y de la humanidad entera: un periódico que divulgue los conocimientos útiles, enseñando desde las más triviales nociones de aquellos que una persona civilizada no debe ignorar sin degradarse y bajar torpemente al nivel de los miserables habitantes de las selvas, hasta los más complejos y difíciles problemas de la historia y la filosofía, de las ciencias morales y políticas y de las naturales y exactas; un periódico en fin, que sea en sus distintas secciones, un libro continuado, del cual se impriman y distribuyan en días fijos unas cuantas páginas, ni tan escasas que lleguen a pecar de insuficientes y exiguas, ni tan abundantes que sean el insoportable libro, abrumador, aterrador, dispersador de los hombres, las familias y las reuniones que apetezcan en-

sachar el círculo, pequeño siempre, de sus conocimientos; hé aquí la publicación que hoy conviene más a las condiciones en que nuestro país se encuentra y a las necesidades de nuestros conciudadanos; los cuales no pueden, sin peligro, sin responsabilidad, sin crimen, diríamos si no temiéramos que esta palabra se interpretase mal, condenarse a ser como el ciego a quien se sacase en medio de una plaza para hacerle ver un magnífico espectáculo; ó por lo menos, como el hombre al cual se asomase a una ventana, para que gozara la vista de un ameno jardín, cuando la ventana estuviese cerrada por cristales pintados que, al capricho de su dueño, mostrasen, ya una nevada, ya un incendio, ya un efecto de noche, a la luz tibia y melancólica de la luna.

Romper esos cristales engañosos y dar vista, para que contemplen las maravillas del mundo de la ciencia y el arte, a los que están todavía ciegos de inteligencia, es la misión de los periódicos científicos y literarios: la ilustración y el patriotismo de los entendidos y apreciables directores y redactores de este cuyas primeras páginas estoy llenando, me hacen ofrecer a sus lectores que sabrán cumplir esa misión civilizadora, de una manera digna de ellos y de Granada.

Pero no basta lo dicho a expresar todo mi pensamiento; no legitima la fórmula empleada en el epígrafe de este artículo de introducción: esta revista es la palabra del liceo, y en tal sentido voy a considerarla.

III.

La nueva vida de relación que nuestro liceo tiene desde la instalación de la escuela de adultos y el establecimiento de la tertulia, modifica grandemente su manera de ser y ensancha la esfera de acción en que se viene moviendo desde que fué creado; aunque no debe sospecharse siquiera que llegue a perder su carácter esencial, ó que varíe ó perjudique de modo alguno los conceptos sustanciales de su triple condición científica, literaria y artística; ni que se pueda en él desvanecer ó debilitar el sentimiento de la misión altamente civilizadora y moralizadora que a su especial y patriótico instituto corresponde.

Sin descender a pormenores que juzgo de este lugar ajenos, es indudable que nuestra sociedad ha obedecido a distintas y encontradas corrientes, ya recibiendo el viento por el lado de las ciencias y las letras, ya por el de las artes, ya por el de los bailes y recreos, propios de esta clase de reuniones. Pasaron pronto los primeros tiempos en que tuvimos las sesiones generales, donde verdaderamente competían todas las secciones del liceo y se ofrecían trabajos adaptables a todos los gustos.

tos; por que actuaban los poetas, leyendo y dando á la escena sus obras líricas y dramáticas; que tales fueron los ensayos de Fernandez Gonzalez, Salvador de Salvador, Manuel del Palacio, Ivon, Rada y Delgado, Heras Donesteves y otros; y muy especialmente así empezó su gloriosa carrera Doña Enriqueta Lozano de Vilchez, que á la vez brillaba, con luz que no se extingue ni amortigua, como poetisa lírica y dramática y como actriz, de las más sobresalientes entre las aficionadas que honraban el liceo: funcionaba tambien la seccion de música, conquistando laureles inmarcesibles; y la de artes, además de decorar y enriquecer nuestro bonito teatro, exponia sus obras, justamente admiradas y aplaudidas por la numerosa concurrencia de socios que asiduamente asistian á estas importantísimas reuniones. Pero es un hecho que pasaron pronto esos tiempos; y bien mirado no podía dejar de suceder así, porque las sesiones generales de competencia traian y traeran siempre los inconvenientes, que no se pueden superar, de que son demasiado largas y producen el cansancio, y no se organizan sino muy de tarde en tarde, por las inmensas dificultades que hay que vencer; y un liceo donde no se hace otra cosa ó se adopta otro sistema, decae, languidece y muere.

Véase aquí la razon de que esta sociedad, con sumo acierto cambiara las antiguas reuniones en que todas sus secciones actuaban, por las sesiones particulares, ya de música y poesía, ya de declamacion, ora solamente dramáticas, ora lirico-dramáticas. En ellas se distinguieron y ganaron muchas coronas las señoras y los caballeros que trabajaron; como en literatura, además de los nombres citados anteriormente, las Señoras Doña Dolores Arraez de Lledó, Doña Rogelia Leon y Doña Eduarda Moreno de Lopez Nuño, y los poetas Señores Aguilera Suarez, Rada Delgado, Matute, Afán, Alarcon, Còbos, Ruiz (D. Aureliano), Oliver, Perez Montoto y otros muchos que no estimo necesario citar porque no escribo una historia, sino indico a grandes rasgos las fases que ha recorrido el liceo: en música, los maestros Palancar, Ruiz (D. Bernabé), Mira, Espinel y Moya, Guillen, Segura, etc., las Señoras Romani, Juristo, Fernandez Arroyo, Fauste, Blanco-Salvadores y otras, y los aficionados Rodriguez Murciano, Rodriguez Bolivar, Rodriguez Ladron de Guevara, Benitez, Yuste, Blánes, Fernandez Chacon y otros más; en declamacion, las Señoritas de Arrugaeta, García de Lara, Buéndia, Cervati, Martin, Arce, Martinez Beltran y otras, y los señores Rubio, Lozano, Arbox, Moreno Gonzalez, Garrigues, Pina, Megia, Prieto, García Guerra, Muñoz, Lopez Moreno, Fernandez Gomez, Blánes, Carreño, etc.; y en artes he-

mos visto cuadros, estatuas y bajos relieves de singular mérito, de Martin, Obren, Nogueira, Martinez Victoria, los dos hermanos Marin, Pineda, Muro, Gomez Moreno, Morales y otros que seria prolijo enumerar.

Apesar de que la sustitucion de las sesiones generales de competencia por las particulares de una ó dos secciones del liceo, facilitó el que se diesen más frecuentemente y aun las hizo de una duracion menos insoportable, todavia, y debido á causas distintas que muchos conocemos, la sociedad empezó á languidecer, siendo necesario, para reanimarla, celebrar bailes, por lo comun de máscaras en el tiempo apropiado, casi exclusivamente en carnaval. No faltó quien se alarmase contra esta innovacion, á que quizá llamó profanacion algun puritano de los que no sufren la invasion de Terpsícore en el terreno de Melpómene y Talía; pero es lo cierto que tan tristes augurios resultaron equivocados, y que la sociedad ha vivido, con más ó menos robustez, á causa de los bailes, ó sin que estos hayan perjudicado su existencia. Un concierto fué, decian los de mi época, un concierto dado en la sala de Comares, (de la cual, años despues y en un baile allí celebrado, salió herida de muerte otra cosa más grande y más arraigada), el que mató al liceo antiguo; pero yo siempre creí, como sigo creyendo, que su disolucion dependió, entre otras causas secundarias, de una principal y muy sencilla: que los miembros más importantes de aquella sociedad eran hombres políticos. Cesantes hasta 1843, fueron ministros, senadores, diputados, regentes, gobernadores de provincia, magistrados, intendentes, etc., despues que una célebre *salve* resonó en las córtes del reino y en toda España. ¿Qué habia de suceder en un liceo con tales elementos constituido, el día en que llegó la hora de su dispersion? Lo que pasa en el congreso, en los salones de conferencias y lectura ó en los de escribir, cuando las campanillas eléctricas se agitan insufribles llamando á cada uno á su sitio: se concluye inmediatamente lo que no era sino un pasatiempo, un compás de espera, un paréntesis en la vida del hombre público.

Y nótese la ventaja que nuestro liceo lleva al otro: yo cuidé mucho de que no se compusiera el actual de personas de un partido político, ni de una clase sola; es increíble, por lo tanto, que la política nos disuelva, ó que las antipatías de salon puedan echarnos á la calle.

IV.

Volvamos á nuestro asunto principal, del que impensadamente me separé haciendo una no inútil digresion. Los bailes, que, para al-

gunos, desvirtuaban ó desnaturalizaban el carácter de esta sociedad, tuvieron compensación amplia y provechosísima en los brillantes ejercicios y trabajos de la sección de ciencias y literatura; la cual tanto se creció, de la manera que se deben crecer las personas y las corporaciones ilustradas, esto es, á fuerza de talento, laboriosidad y patriotismo, que se convirtió en una academia, no independiente pero sí distinta del liceo, y vino á ser á manera de un ateneo granadino.

En la academia, hoy otra vez sección de ciencias y literatura, pues como dicen los franceses, *le nom ne fait pas la chose*, es donde más alto ha puesto nuestra sociedad su envidiable renombre, no inferior seguramente al del liceo de 1838 á 1843; porque si allí brillaron hombres tan distinguidos y eminentes como los de que antes hice mención, aquí han ganado honra y prez indisputables, en las cátedras, las discusiones, los juegos florales, los certámenes, las conferencias y los ejercicios literarios, otros hombres, (además de que algunos son los mismos), de la talla científica y literaria, política y profesional de los señores Marqués de Girona, Andreo Dampierre, Rada Benares, Moreno Nieto, Orti y Lara, Gonzalez Andrés, Coca, Amado Salazar, Santucho, Arroyo, Valverde, Cuéllar, Moreno Diaz, Arrambide, Bueno, Salvador, García, los dos Rada-Delgado, Alarcon, Oliver y qué se yo cuántos más, que ó enseñaron ó mantuvieron discusiones, ó ganaron premios adjudicados con estricta justicia por el juicio de jurados respetables y entregados por el tribunal de hermosas damas á los afortunados vencedores de esos amables y pacíficos torneos.

Entre tanto, las demás secciones trabajaban lo que podían, más ó menos de tarde en tarde, y momentos hubo en que se temió que esta sociedad hubiese llegado á su última hora; porque la academia se redujo á su antiguo y ciertamente legítimo estado de primera sección del liceo, y enmudeció durante años enteros, apesar de los esfuerzos que hicimos todos para reanimarla. Por entonces, la sociedad de Lope de Vega, compuesta de jóvenes distinguidísimos, en su mayor parte alumnos sobresalientes de nuestra universidad, vino á dar al liceo esa fecunda savia del entusiasmo juvenil, que todo lo vence, porque como se ha dicho con razón:

empresa alguna, por audaz, se estrella,
si el ardiente entusiasmo va con ella.

Y la fusión de los nuevos elementos con los que aquí existían, influyó para dar vigor á todas las secciones, y mayor á las de ciencias y literatura y declamación y música que eran las de sus más predilecta afición.

Llegó en esto la revolución de setiembre

de 1868, conmoviéndolo todo, y agitó también la atmósfera de esta sociedad, trayendo á ella el oxígeno que nos iba faltando: pues, por una parte, la libertad de enseñanza nos estimuló y casi diríamos nos comprometió, á fundar una escuela de adultos, para industriales principalmente, de la cual será justo y oportuno ocuparnos con más espacio otro día; á la vez que la sección de ciencias y literatura abrió sus cátedras públicas, donde ya se han empezado á verter por su digno presidente honorario el Sr. D. Juan Nepomuceno Torres, los raudales de su ciencia, con facilísima palabra y claridad admirable; yo he leído la lección inaugural, que en otro número insertará esta revista; y se preparan otros profesores á leer ó hablar, tan luego como pasen estos días: por otra parte, la libertad de reunión, y aun más que ella la necesidad y conveniencia suma de estrechar las mutuas relaciones de amistad y compañerismo, en estos tiempos y en esta nueva vida de relación que alcanzamos; donde mejor que otras veces puede afirmarse la verdad contenida en el adagio vulgar de «no hay hombre sin hombre»; cuando á cada momento nos tenemos que servir unos á los otros, no en esas pequeñeces en que siempre se sirvieron los conocidos, sino en cosas de valía, importancia y trascendencia; por lo cual el conocido de ayer, debe hoy ser el amigo, y tal vez mañana sea el hermano; estas causas y consideraciones, de las que acaso no todos nos formamos una idea bastante clara, pero en realidad no hay uno que no las sienta de un modo inconsciente, instintivo; como se aspira el oxígeno que el aire contiene; estos motivos y estos sentimientos, decía, dan por resultado la verdadera, notabilísima y sobre todo encarecimiento plausible cordialidad, que forma el carácter y es como el nexo de unión de nuestra múltiple tertulia; á la que poco á poco van viniendo las personas que no huyen de la sociedad, ni temen á la conversacion, ni se asustan del ruido, ni se espantan de la luz, ni se horripilan del aire.

Solo faltaba que hiciéramos uso de otra libertad, la de imprenta, la cual, igualmente que las de enseñanza y reunión, es poderosa para elevar á esta sociedad á su mayor altura; y hoy empieza á publicarse esta revista de ciencias, literatura y artes, órgano especial del liceo y termómetro el más exacto y fiel de la civilización granadina. En ella, como en un espejo, se reflejará cuanto en las sesiones, cátedras, discusiones, escuela, conferencias literarias, certámenes, recreos y tertulia se hiciere que merezca los honores de la publicación: en ella también tenemos todos los socios una tribuna permanente desde la cual podemos hablar, de un modo completamente li-

bre, el idioma de las ciencias, las letras y las artes: en ella, por último, abre nuestra sociedad un palenque seguro, en el que, con las armas dignas de justadores castellanos, con la visera levantada y con la certeza de encontrar siempre mantenedor del campo con quien medirse sin desdoro, pueden venir cuantos gusten á romper una lanza en honor de la culta ciudad de los dos Luises, de Granada y de Leon, de Alonso Cano, Machuca y Diego de Siloe.

Nuestra revista, pues, nace hoy para cumplir su destino; para ser *la palabra del liceo*. ¡No se olvide que esta palabra se dejará oír muy pronto en todo el orbe civilizado: y quiera Dios que su eco llegue á las futuras generaciones!

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA NOVELA.

I

En nuestro siglo de luz y de progreso, nótese una tendencia tal, un entusiasmo tan grande por la novela, que al más distraído y menos observador sorprende.

Olvidada la poesía lírica; sin vida la épica; prostituida la dramática; todo el vigor de la literatura moderna, en la novela hase concentrado. Y si bien se advierte, otra cosa no puede ser dadas las condiciones de la época actual. Es nuestro siglo en demasía egoísta, para que le interese una poesía puramente subjetiva: es grande por demás nuestro siglo, para que pueda abarcarle la inteligencia de un sólo hombre: de aquí que la epopeya no tenga condiciones de existencia: á mas, esos grandiosos cantos en los que un genio resume toda la vida de una nación en una época dada, sólo nacen en circunstancias raras, en momentos solemnes; brotan cuando van á decidirse los destinos de un pueblo: en Grecia, cuando esta se constituye una en medio de su multiplicidad: en Roma, cuando espira la república con Julio César y nace el imperio con Augusto: en Italia, en las sangrientas é interminables luchas de Güelfos y Gibelinos: en Portugal, cuando este, ávido de riquezas, surca con sus carabelas ignotos mares, y doblando un tormentoso promontorio, encuentra un mundo perdido: en España, en el siglo de Carlos V.

Cuando un pueblo llega al apogeo de su gloria, después de haber atravesado una de esas etapas de convulsiones y trastornos, entonces nacen los Homeros, los Virgilio, los Dantes, los Ercillas y los Camoens.

Ni una palabra diremos de la literatura dramática; su última hora parece haber sonado, y se preparan á asistir á sus funerales los escritores de *Vaudevilles*, y los empresarios de bufos.

Demostrado siquiera á la ligera, que otra cosa no cumpliría á nuestro propósito, que la *épica*, la *lírica* y la *dramática* no tienen condiciones de vitalidad, aparece como evidente lo que no ha mucho sentamos; que la novela es el género predominante en la literatura de nuestro siglo: en efecto: siendo nuestro siglo, como es, ecléctico en todo, claro se está que no puede menos de producir una literatura ecléctica: la novela lo es en sumo grado, porque ora en ella se manifiesta el sentimiento individual ó subjetivo, ora el objetivo, ya el subjetivo-objetivo.

Así es que las prensas no se cansan, y amontónanse publicaciones sobre publicaciones: y no se contenta la novela con deleitar; aspira á más: conviértese en arma de partido, en medio de propagación, ya explicando la ciencia en dosis homeopáticas, ya tornándose en cátedra de derecho público, ya manchando sus páginas con repugnantes escenas, ó vertiendo ideas que hielan el corazón y trastornan la mente del jóven inesperto.

II.

En el Oriente, nace la novela, sin otra razón que la de haber nacido en tan privilegiadas comarcas el hombre. Dice un escritor, que ya que la culpa de nuestros primeros padres nos arrebató la felicidad eterna, dejó sin embargo en nuestra mente facultades para concebirla y comprenderla; y decimos esto por que, ¿qué alma por endurecida y torpe que sea, no se ha conmovido alguna vez á la ilusión de una vida de mayores atractivos que la real? La fantasía agotada, seca al frío halito de lo positivo, necesita buscar un refugio, un abrigo en ideales creaciones; por eso es la novela una necesidad social; por eso divierte al jóven, sirve de descanso al hombre en la plenitud de su vida, y es su consuelo cuando la nieve de los años agosta sus ilusiones y debilita su cuerpo: por eso nace la novela con el hombre.

Desde el árabe que habita en los abrasados arenales del Asia menor, hasta el esquimal que construye su choza en las más glaciales latitudes, todos así lo han comprendido: ved sinó:

Es la hora del oscurecer y al grito del

jefe se detiene una numerosa caravana; plántanse las tiendas; no lejos del sitio del reposo agrúpanse los camellos, estiendo sus chatas cabezas y aspiran pesadamente la cálida brisa. El jefe clava su lanza en la puerta de la tienda, y después de haber terminado sus faenas, después de haber rezado la oración de la tarde, carabaneros y esclavos se reúnen en la puerta de su palacio de cuero: las mujeres se agitan en el interior, el jefe vuelto al Oriente comienza a narrar, con voz breve y entonación gutural, las empresas de Antara y sus hazañas; aquellas atezadas frentes se desarrugan, aquellos apagados ojos se animan, olvidase el cansancio de la jornada, no se piensa en el león que acecha su presa, y no se escucha el pausado galopar de un escuadrón de beduinos que tal vez se prepara a asaltar la caravana. Así nos hemos imaginado la novela en Oriente.

Los más esclarecidos pueblos del mundo antiguo, Grecia y Roma, apenas conocieron la *Novela*; y no podía ser otra cosa, dada la índole de aquellas sociedades: en las delicadas ficciones del politeísmo deleitaban su imaginación helenos y latinos; las solemnidades teatrales y religiosas avivaban el recuerdo de sus más esclarecidos varones; pero a más de esto, no podemos perder de vista que en estos pueblos la mujer carece de significación; es un instrumento de placer; que el hombre es ciudadano sobre todo; su individualidad es absorbida; desaparece en su entidad política. No cabía distracción en la soledad, porque esta duraba poco; el pueblo vivía en la *Gora*, en las *Academias* ó en los *Círcos*.

El cristianismo vino a trastornar aquella sociedad regenerándola; al influjo de su vivificante espíritu, la mujer acrece en importancia, conviértese en la compañera del hombre, y la familia se constituye. El individualismo, traído por los pueblos del norte, hace que el hombre separe su entidad moral de su entidad política. Entonces nace en los pueblos de Occidente la novela.

La pastoral de *Dafnis y Cloe*, de un tal Longo; el *Teágenes y Cariclea*, del obispo de Trínaca, y *Hero y Leandro*, de Museo, obras son que en los primeros siglos de nuestra era se escriben.

Esa lucha colosal de dos civilizaciones gigantes, las Cruzadas, desarrollan en sumo grado el espíritu caballeresco, y con él aparece el libro de caballerías. Ora pintando la pasión ardiente y entusiasta del caballero que en pró de su dama y para su prez, va a incógnitos países a buscar aventuras; ora a los torneos y las justas, ora los combates singulares, ya por último los encantamientos: estas narraciones son las novelas de costumbres de la edad media, edad tan desconocida como vilipendiada.

Los libros de caballerías se multiplicaron hasta lo infinito, especialmente en nuestra patria, donde llegó a tal punto el entusiasmo, la pasión por este género de libros, que no hay palabras para encarecerla discretamente. Pero a par que se leía con entusiasmo el *Amadís*, que no se dejaba de la mano al bueno de *Tirante el blanco*, por un contraste que en realidad sorprende, nacia en Italia la novela *pastoral*, distinguiéndose en este género *Bembo y Sennazaro*, y en España, en el país clásico de la caballería, se acogieron con victor y aplauso las creaciones de estos dos poetas, y desde luego los más esclarecidos vates de nuestro parnaso se dedicaron a imitarlas: no nos estrañe hecho semejante: el hombre de contrastes vive, y en el contraste se recrea. Pero si los grandes, y sobre todo los poetas, acogieron con entusiasmo este género que les permitía publicar poesías, y sobre todo manifestar parte de su vida íntima al abrigo de un pseudónimo, el pueblo siempre miró con desvío estas producciones.

El género predominante era el caballeresco; de día en día crecía por él la pasión, y el entusiasmo era tan grande, que apenas puede la inteligencia comprenderle; piénsase en ponerle coto, pero inútil empresa: las prohibiciones avivan el deseo; los sermones nada adelantan; las disertaciones eruditas no se leen, y lo que fué imposible para elementos, al parecer, tan poderosos, lo consiguió un hombre. ¡Cervantes! pobre y oscuro, en medio de su oscuridad y pobreza, alcanzó el lauro más alto que a un escritor le ha sido dado lograr. Pocos años después de la publicación del *Quijote*, habíanse hecho tan raras las novelas caballerescas como lo son hoy día. Y no murió el *Quijote* al realizar el fin que el escritor se fijó por meta: el *Quijote* vivirá lo que los hombres vivan. El buen hidalgo, representación de lo ideal, siempre combatiendo con la prosa personificada en *Sancho*, no puede menos de interesar al que tenga corazón para sentir é inteligencia para comprender.

La novela picaresca aparece también por este tiempo, y *El Lazarillo del Tormes* y el *Guzmán de Alfarache*, son los modelos más acabados de este género. Hallamos en esta clase de obras retratados vagos de profesión, cata-riveras, burladores por costumbre, mal intencionados por inclinación y ladrones de oficio.

Por desgracia abundaban en la sociedad española esta clase de tipos, porque secas en nuestra patria las verdaderas fuentes de la riqueza, merced a las extranjerías lides a que tan aficionados se mostraron los monarcas de la casa de Austria, el pueblo no tenía más ocupación que la de las armas, y faltándole

esta, no le restaba otro recurso que morir de hambre ó vivir engañando.

La novela moderna que nace con la publicación del *Quijote*, adopta un carácter particular. El movimiento literario del presente siglo se inicia en Inglaterra con las producciones de Richardson y Anna Radcliffe. En Francia en los siglos diez y siete y diez y ocho, estuvo en auge un género al modo del de los Amadises, prestando á los héroes de la gentilidad cualidades parecidas á las que atribuía á los caballeros de la edad media la literatura muerta por Cervantes.

Pero á tan desatentadas producciones sucede el *Telémaco*, del elocuente Fenelon, y el *Viaje de Anacarsis*, del erudito Saint Barthelemy. No hemos dicho una palabra del breton Lesage. Le hemos olvidado; porque más que el nombre de novelista, merece el de habil esplotador de nuestra literatura.

III.

Llegamos á la época contemporánea, y aquí habremos de detenernos, pues es el campo que hemos escogido para estudiar el influjo de la novela en las costumbres.

La literatura en general, no tan sólo por su propia índole es un reflejo de las costumbres, de las tendencias y del modo de ser de la sociedad, sino que también á estas costumbres y á estos hábitos modifica. Pues bien, lo que de decirse acaba de la literatura en general, con más razón puede decirse de la novela, por que es el género literario que mayor esfera de acción tiene.

Nada puede decirse a priori acerca de la bondad de esta influencia: si la novela es buena, claro se está que favorablemente tiene que influir: si es mala, malos y perniciosos han de ser los efectos que produzca, los sentimientos á que dé vida.

Triste es por demás el cuadro que la literatura contemporánea nos presenta: nuestro siglo es el siglo de la novela, pero también el siglo en que más de ella se ha abusado. Si fijamos nuestra vista en el vecino imperio, observaremos edificada la venganza, preconizado el adulterio, santificado el suicidio, glorificado el escándalo en mil obras que la juventud aprecia, y que todo hombre debiera abominar. Abusando de su fantasía los escritores, ora por corrupción de alma, ora por el deseo de obtener el entusiasta vótor de la muchedumbre, cancelan la moral y pretenden con su palabra conmover los diamantinos cimientos de la verdad cristiana: falseando todas las leyes de la verdad literaria, nos presentan estos escritores caracteres inverosímiles y absurdos. La verdad histórica vése prostituida en las novelas de este nombre; los personajes

son como el escritor quiere que sean, no como fueron. Es que para escribir novela histórica es indispensable; á más de galana imaginación y sensibilidad esquisita, instrucción profunda y sazónada.

La novela debe basarse en un hecho histórico, trasformándolo de tal suerte, que venga á contribuir á la magia y perfección que indispensablemente ha de reunir toda producción literaria.

Walter Scott es el padre de la novela histórica; á su voz los lairds han vuelto á ceñir sus armaduras; la bandera señorial ha ondeado sobre el denegrido murallón, y los clanes han afilado su clámora. Entre los caracteres históricos que aparecen en el fondo de sus pinturas, coloca otros que reciben de su ingenio animación y vida; al lado de Rob-Roy, el baile Nicol Jarvie, y por cierto que es felicísimo y original el contraste que presenta el carácter poético y montaraz de Rob-Roy con la industria vividora de Jarvie: Bulver y Manzoni son sus dignos émulos, sus felicísimos imitadores; en ellos la novela nutrida de copiosísima erudición, y dotada del envidable instinto que penetra en el corazón y llega hasta el fondo de una época, no sólo no desmiente el título que lleva, sino que se convierte, como con exactitud hace notar Girardin, en complemento é intérprete de la historia.

En más alta escala que las históricas influyen las novelas de costumbres; en ellas ofrécese el estado social: pintase á los hombres como son, con sus tendencias, sus inclinaciones, sus virtudes y sus vicios; preséntase en ellas el vicio castigado, la virtud con lauros; viértense doctrinas sanas y se combaten las perversas.

Pero si por fortuna han realizado este ideal escritores como Richardson en Inglaterra, Mme. Stael en Francia, Fenimore Cooper en América, Silvio Pellico en Italia, y para concluir, Fernán Caballero y Antonio Trueba en España, también escritores como Eugenio Sué han emprendido la indigna tarea de convertir la novela en libelo infamatorio y cátedra de socialismo, ó ya con intenciones más nocivas, si cabe todavía, vemos levantarse un Federico Soulié, un Balzac, ó un Víctor Hugo.

De lamentar es semejante perversion de ideas; con razón dice un escritor, que salir del evangelio y de la caridad preceptuada por Jesucristo, es engolfarse en un mar de tempestades y peligros; y decimos esto, porque los escritores arriba citados, modestamente se anuncian como salvadores del pueblo, como intérpretes de las doctrinas del Mesías, como poseedores de la panacea que ha de hacer que renazcan los siglos de oro para la humanidad.

Predicando la igualdad y la filantropía, al par que vivían con extraordinario y asiático

lujo, lograron estos escritores pervertir mil inteligencias; sus obras han recorrido desde el artesonado palacio hasta el miserable tugurio.

Tiempo es ya de que se dé la voz de alerta: tiempo es ya de que nazca un nuevo Cervantes que concluya con esta literatura, y que aprovechando el carácter de nuestro siglo y los elementos dispersos que en él existen, dé a la novela un nuevo giro, una nueva tendencia. Tiempo es ya de que esta cátedra de corrupción se convierta en púlpito de la virtud; tiempo es ya de que las novelas históricas justifiquen su nombre; de que en las de costumbres se presenten cuadros que retraten nuestros usos, nuestros modos de ver y de existir, no los que el autor ha néciamente imaginado: así sería la novela espejo fiel de la sociedad en que vive; así sería recreo del alma, lenitivo al enojo y consuelo en las penalidades de la tierra. Si su abuso trae el mal, el uso legítimo de inspirados ingenios infunde en nuestro corazón la idea purísima de la verdad, del bien y de la belleza.

JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ.

LA ALHAMBRA.

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA ORIENTAL.

Sobre fértiles colinas
y entre bosques de esmeralda,
perla de los reyes moros,
gloria y eden de Granada
y manantial de recuerdos,
alzase erguida la Alhambra:
la Alhambra, mansion de goces,
del amor dulce morada,
donde el ingenio y el arte
sus ricos tesoros guardan.
Ni amenidad a sus campos,
ni a sus carmenes fragancia,
ni artistas que la engrandezcan,
ni trovadores le faltan.
A la luz del entusiasmo,
allí el pensamiento vaga:
ébria de placer recibe
inspiraciones el alma;
y los encantos de un sueño
a su realidad no igualan.
Con bellísimos cambiantes,
y con perlas nacaradas,
y con vistosos matices
de oro, de púrpura y gualda,
viste allí la primavera
sus más espléndidas galas;
y árboles frutos y flores

de opuestos climas hermana.
Allí alamedas frondosas
de blando musgo alfombradas,
con arroyos que apacibles
por entre flores resbalan,
brindan con gratos murmullos,
y perfumes que embriagan;
y ofrecen sombra y frescura,
del sol velando la llama.
Allí los místios cipreses
figuras y arcos destacan,
y en espacios circulares
sus bellas cúpulas alzan.
Mirtos y acopados bojes,
allí tejendo sus ramas,
los parques y los vergeles
recortan con verdes fajas.
Allí rosas y jazmines
a los arbustos se enlazan,
y ondulan entre las frondas
sus ramos y sus guirnaldas;
y jacintos y claveles,
y lilas, y pasionarias,
y anémonas de Turquía,
y tulipanes del Asia,
y otras mil flores vistosas,
muestran allí en abundancia.
Allí en variedad inmensa,
con vegetación lozana,
brotan árboles mecidos
de las brisas por las ráfagas,
y entre el verdor de sus hojas
penden frutas sazonadas;
y naranjos y palmeras,
y sicomoros, y acacias,
y hasta los cedros del Líbano
en sus pensiles arraigan.
Allí en pilas de alabastro
y de pórvido labradas,
forman juegos caprichosos
puras, cristalinas aguas;
y en estensos y profundos
estanques de linfa clara,
su tersa pluma esponjando,
cisnes y anseres se bañan,
entre peces de colores
que en la superficie nadan.
Y allí las aves canoras
que pueblan las enramadas,
mostrando ricos plumajes
y columpiándose ufanas,
saludan con sus gorgeos
la luz risueña del alba.
Toda es mansion de delicias:
todo hermosura y fragancia;
y entre los bosques descuellan,
y con su esplendor contrastan,
cual monumentos del arte,
obras que el tiempo no arrasa.
Sus torres, sus fortalezas,
sus adarves, sus murallas,

á despecho de los siglos,
 orgullosas se levantan.
 Los alcázares soberbios
 que en ella fijan su planta,
 son admiracion y envidia
 de las naciones extrañas.
 Con pavimentos de mármol
 de Macael y Carrara:
 sus artesones de cedro
 con incrustados de nácar;
 y en sus muros y arquitebras
 calados de filigrana,
 los mosaicos y relieves
 figuran ondas y franjas,
 con flores, y hojas, y escudos
 de oro y azul, y enlazadas
 con los pérsicos adornos,
 las inscripciones arábigas;
 y cúpulas y ajimeces
 sobre cenefas bordadas,
 y alicatados vistosos
 enriquecen sus estancias;
 y entre frescos arrayanes
 y fuentes de cuyas tazas
 líquido cristal brotando
 parten corrientes diáfanas,
 y entre jardines de flores
 que aromas puros exhalan,
 los templetes y esculturas
 en sus patios se destacan;
 y repartidas en grupos
 numerosas columnatas,
 sostienen lienzos de encajes
 y cien techumbres y arcadas,
 en caprichosas labores
 y en color y en forma varias.
 Todo sorprende, y en todo
 el gusto oriental resalta,
 como blason de grandeza
 de las edades pasadas;
 como recuerdo de glorias
 de otros tiempos y otras razas.
 Arbitro, dueño absoluto
 de esa mansion encantada,
 feliz el rey Albo-Hacen
 en fuego de amor se abrasa:
 fuego que prendió en los ojos
 de una cautiva cristiana,
 que es el sol de sus placeres,
 la aurora de su esperanza.
 Su nueva pasion absorbe
 los sentimientos del alma,
 y los afectos más puros
 de su corazon arranca.
 Rompe su primer enlace:
 deberes de amor quebranta;
 y de su mujer se olvida,
 y de sus hijos se aparta;
 y el vértigo que lo ciega
 á los abismos lo arrastra.
 No vé que el trono vacila;

que las falanjes cristianas,
 conducidas por el triunfo,
 contra la ciudad avanzan:
 que sus vasallos recelan,
 y el temor cunde y la alarma;
 que para luchar valientes
 en los campos de batalla,
 y contra propios y extraños,
 fieles guerreros le faltan;
 que en lejano apartamiento
 Áixa, reina ultrajada,
 á sus contrarios convoca,
 pone en sus manos las armas,
 y el volcan arde, y en breve
 lanzará su ardiente lava.
 En tanto Albo-Hacen tranquilo,
 en brazos de amor descansa;
 ni los peligros precave,
 ni los temores le asaltan;
 que Aben-Hamet su valido,
 trono y fortalezas guarda,
 y es firme sosten del reino,
 y fiel alcaide en la Alhambra;
 y en las empresas que aborda,
 y en los combates y algaras,
 sagacidad y prudencia,
 y prevision le acompañan;
 y á los riesgos se anticipa,
 y á sus contrarios se lanza
 con la agilidad del tigre
 y la rapidez del águila:
 tiene el poder en su abono,
 y del rey la confianza:
 del rey, que duerme al arrullo
 de adulacion cortesana,
 y sólo al rumor despierta
 que más su pasion halaga;
 y sus bodas solemniza
 ebrio de amor, y en su alcázar
 y en sus parques deliciosos,
 dulces las horas resbalan;
 y entre ilusiones mecido,
 amor, deseo, esperanza,
 en atmósfera de goces,
 su dicha y su encanto labran.
 Ya en son de alegres festejos
 y con pompa inusitada,
 por la ciudad y los bosques
 enciéndense luminarias:
 combate naval se apresta,
 y convócanse las zambras;
 y ábrese ya en los palenques
 á los justadores plaza.
 Bravos y apuestos caudillos
 con porte marcial cabalgan,
 y síguenles con orgullo
 nobles tribus y esforzadas;
 y de valor y destreza,
 y de intrepidez se jactan;
 y los impulsa el denuedo,
 y al triunfo el honor los llama.

Visten sueltos alquiceles:
 ciñen turbantes y fajas;
 y llevan ricas marlotas,
 de oro y de perlas bordadas:
 lazos de amor por divisas,
 y motes en sus adargas;
 y en las cintas y penachos,
 los colores de sus damas.
 Y se muestran impacientes,
 y altivos blanden sus lanzas,
 prontos á correr sortijas,
 y á jugar cintas y cañas;
 y á mantener en las justas
 su prez, su nombre y su fama.
 Todo es placer, entusiasmo
 y dulce expansion: se afanan
 por conquistar los valientes,
 con su arrojo y su pujanza,
 de manos de las hermosas
 justo premio á sus hazañas;
 y las envidias, los celos,
 la presuncion, la arrogancia,
 surgen y asestan sus tiros,
 trabando lucha empeñada;
 y de su lujo y grandeza,
 y de su amor hacen gala,
 del Coran las bellas hijas,
 graciosas cuanto gallardas.
 Pero entre todas, decidme,
 ¿cuál es la flor mas galana,
 la elegida entre las bellas
 para el amor del monarca?
 Vedla, Isabel de Solís:
 es la noble castellana,
 que á la luz del infortunio,
 y ya del amor en aras,
 trocó su velo de esposa
 por esclavitud amarga.
 Es ella, sí: llegó un día,
 ¡pluguiese á Dios no llegara!
 en que triste y sin consuelo
 hallóse en el mundo aislada;
 y en el mar de los pesares,
 luchando con las borrascas,
 la luz de espléndido faro
 creyó ver en lontananza;
 y sin rumbo en su camino,
 sola y de consejos falta,
 por el dolor impelida,
 presa fué de la inconstancia;
 y rompió los fuertes nudos
 que al pasado la enlazaban.
 ¡Infeliz! ¿por qué la muerte
 mantuvo en fiel su balanza,
 y no d.ó fin á su vida
 y término á sus desgracias?
 Valiérale más entonces,
 pobre morir y olvidada,
 sin abjurar sus creencias,
 ni ligarse á tierra extraña.
 Tras horas de sangre y luto,

de penas vióse abrumada;
 y á la mansion de los reyes
 la llevó su suerte aciaga.
 Túvola el rey por cautiva:
 fácil la juzgó y liviana;
 y hundirla en el cieno inmundo
 de pasion desenfadada,
 y arrojar quiso á su frente
 la humillacion y la infamia.
 Mas dió la virtud aliento
 á la indefensa cristiana:
 dióle el candor su aureola,
 y la pureza sus galas.
 Débil mujer, tuvo sólo,
 puesta en Dios su confianza,
 la dignidad por escudo
 y la persuacion por armas;
 y á vencerla no alcanzaron
 ni súplicas ni amenazas.
 El rey cedió: torpe fuera
 manchar joya tan preciada,
 siendo desigual la lucha,
 y una muger quien luchaba.
 La fuerza rendirla pudo:
 pudo el rigor humillarla;
 mas en el rey Albo-Hacen
 no cupo accion tan villana.
 Por vez primera en su pecho
 sofocó la impura llama,
 y el pudor con sus encantos
 opusole fuerte valla.
 Declaróse al fin vencido;
 y de Isabel á las plantas,
 prestó al amor vasallaje
 y esclavo fué de su esclava;
 y cediendo al noble impulso
 de su condicion hidalga,
 rindió culto á la inocencia
 y quiso al trono elevarla.

Se abrió el abismo; y batiendo
 el genio del mal sus alas,
 giró en torno del palacio
 donde la virtud brillaba;
 y coronó con el triunfo
 de Albo-Hacen las esperanzas,
 mientras gimió la cautiva,
 su fé quedando eclipsada.
 Es ella, sí; mas... ¿que miro?
 ¿su decision no la espanta?
 Ya es mora: no es Isabel:
 dánle el nombre de Zoraya:
 Zoraya por su hermosura,
 que así los árabes llaman
 al lucero esplendoroso
 precursor de la mañana.
 Ya es mora; pero es la reina;
 pero es el sol de Granada.
 Y ella, es feliz? preguntadlo
 á su silencio, que os habla
 con la voz de la amargura,

mudo lenguaje del alma:
preguntadlo a su semblante
de palidez estremada;
y á las perlas cristalinas
que entre sus párpados cuajan.

Por más que el cielo es hermoso,
que sus celajes de grana
muestra la aurora y sonríe,
ó espléndido el sol irrada;
por más que ofrecen los bosques,
entrelazando sus ramas,
grandiosos embovedados
donde el corazón se espacia;
por más que flores y frutos,
que el blando césped esmaltan,
embellecen los jardines
y la atmósfera embalsaman;
por más que rica en esencias,
por entre frondas resbala,
y adormeciendo acaricia
pura y deliciosa el aura;
por más que en dulce concierto
las aves sus trinos alzan,
y salpican sus espumas,
y precipitan sus aguas,
los murmurantes arroyos,
las fuentes y las cascadas;
por más que en inmenso espacio,
la vista fugaz abarca
de la ciudad y la vega
los brillantes panoramas,
y los montes que las ciñen
con sus diademas de plata;
por más que brinda risueña
dulzura y placer la Alhambra,
y encanto, y amor, y dicha,
dentro del árabe alcázar;
por más que un trono la espera,
y en él su beldad realzan,
con diamantes y topacios,
ricas y ostentosas galas;
por más que en regios salones,
en magníficas estancias,
descanso y soláz la ofrecen
con profusión esmerada,
los divanes de Damasco
que el oro de Ofir recama,
las alcatifas de Persia
y los perfumes de Arabia;
y por más que de consuno,
pendientes de sus miradas,
los esclavos y odaliscas
en complacerla se afanan,
y con público alborozo
los guerreros y las damas
por la huri del paraíso
y por reina la proclaman;
todo á Isabel entristece:
nada la consuela, nada;
y más penetra en su pecho

de agudo pesar la daga.
¿Por qué sus rasgados ojos
copioso llanto derraman,
que de sus negras pupilas
el limpio cristal empaña?
¿por qué suspira y se queja?
¿por qué se siente angustiada?
¿son poco para su orgullo
tanto amor y dicha tanta?
Queda triste y silenciosa:
nada la consuela, nada.
¿Qué valen para el que sufre,
el brillo y la pompa vana,
si los placeres no borran
las afecciones del alma!
Ella en su dolor se abisma:
va del pensamiento en alas;
y en vano busca los goces
de su existencia pasada.
La religión de sus padres;
el claro sol de su patria;
las brisas que en campo ameno
de libertad aspiraba;
los recuerdos del castillo,
antigua y feudal morada
donde vió la luz primera;
de su inocencia las galas,
que entre delicias y encantos
adormecieron su infancia;
los vivísimos destellos
de tierna pasión y santa,
en su pecho con pureza
y candor alimentada;
y el desvelo y los halagos
que en horas de dulce calma,
gustó en brazos del cariño,
el gozo aspirando ufana
del ser que su afán en ella,
que en ella su amor cifraba;
del anciano á cuya sombra,
cual vid al olmo enlazada,
creció arrullando sus sueños,
virtud y fé y esperanza;
esas fuentes de ternura,
esas suaves fragancias
que en el vergel de sus dichas
el ambiente perfumaban,
cual ilusiones huyeron...
Zoraya! pobre Zoraya!
cuánto sufres! el pasado
cómo en tí su hiel derrama!
Sombras no mas los pensiles
que el encanto amenizaba,
y las auroras risueñas
por el placer esmaltadas,
ni con su aroma el ambiente
de tus goces embalsaman,
ni sus plácidos albores
de luz tu horizonte bañan:
luto y horror en tu mente
sus tristes escenas marcan.

Surca el dolor tus mejillas:
 sangre tus heridas manan:
 hechizos, candor, dulzura,
 huyen, y tiempo y distancia,
 en vez de calmar tu anhelo,
 más exacerbán tus llagas.
 Favor en tanto y grandeza,
 tejiendo ricas guirnaldas,
 en lazo nupcial te ofrecen
 las flores que te engalanan;
 y aun no muestran esas flores
 sus espinas que desgarran.
 ¡Ay, si del dolor apuras
 las heces emponzoñadas,
 y por la senda de abrojos
 de tu porvenir avanzas!
 Hoy esplendor y entusiasmo,
 y poder tu orgullo halagan:
 pobreza, olvido y rigores,
 tu pecho herirán mañana.
 Unido al remordimiento,
 del pesar en la balanza,
 sentirás del infortunio
 el torcedor en tu alma,
 con la suerte de tus hijos
 á la tuya encadenada.
 Mas en tanto que inflexible,
 fiero el destino en su saña,
 al golfo airado y sangriento
 de tus desdichas te lanza;
 en tanto que de tus ojos
 su cuadro de horror aparta;
 bajo un cielo enriquecido
 con celajes de oro y grana,
 gloria y magestad descubres,
 timbres prestando á tu fama;
 y al lado de tus recuerdos
 brota la altivez y arraiga.
 Oyes la voz fervorosa
 de cien pueblos que te aclaman;
 y amor, y lisonja, y triunfo,
 te desvanecen, y acallan
 sus clamores el rugido
 de la tormenta lejana;
 y en los alcázares regios,
 sobre el trono reclinada,
 entre grandeas y honores
 te aduermes, y á ver no alcanzas,
 que contra tí de la vida
 negras nubes se levantan;
 desbórdanse las pasiones,
 y aprestan ya su venganza
 los celos y las perfidias
 de una rival ensañada;
 de una mujer rencorosa;
 de un fiero tigre de Hircania,
 que despedazarte anhela
 entre sus sangrientas garras.
 Aixa, la esposa y madre,
 vela en soledad amarga:
 Aixa, reina orgullosa,

de Albo-Hacen abandonada;
 y la ambicion y el despecho
 en su corazon estallan,
 y el huracan de sus iras
 con sangre y rigor amaga.
 ¡Ay de la cautiva hermosa!
 ¡ay de la infeliz cristiana!
 Lloro, Isabel: no des tregua
 ni á tu dolor ni á tus lágrimas:
 llora, y maldice tu suerte:
 lamenta, sí, tu desgracia;
 que truecas hoy en mal hora,
 por la pompa de sultana,
 los pesados eslabones
 de tu cadena de esclava.

LUIS AGUILERA SUAREZ.

REVISTA... DE CONFIANZA.

¡Oh, encantadoras descendientes de Eval permitidme que en vosotras me inspire al principiar una tarea que me ha sido encomendada por mis compañeros de redaccion, y á la que me hubiera negado por ser superior á mis escasas fuerzas, si no contara con vuestra inspiracion para cumplirla. ¿Quién se niega á pintar vuestros encantos? ¿Quién á aspirar de cerca la purisima fragancia de vuestro ser? ¿quién á demostrar la poderosa influencia que ejerceréis en el hombre?

El hombre, segun ha dicho no sé quién, es un *animal metamorfoseado por la razon*; es decir, que no es, como vulgarmente se dice, un *animal racional*, lo cual parece implica la idea del *animal* más la *razon*, sino que debe considerarse como un ser nuevo en que la parte *animal* está modificada, cambiada por la parte racional influyendo en aquella. Yo añadiría aún, para completar la definicion del hombre, que es un *animal metamorfoseado por la razon y por la mujer*; así como definiría á la mujer, diciendo que es una *flor con vida, razon y sentimiento*.

Qué es, en efecto, el hombre sin la mujer? Preguntádselo á los que viven alejados de vosotras. ¡Desgraciados! Su carácter escéntrico, insociable y agreste, su falta de sentimientos dignos y nobles que sólo á vuestro roce nacen, el descuido y desaliño de su persona, la aridez de su inteligencia y lo brusco de sus pasiones salvajes, les asemeja más á las fieras que al hombre. La razon podrá modificar su ser, perfeccionando su inteligencia, pero el corazon, centro de sus pasiones, sólo á vosotras os es dado modificarle: sin vuestro trato, el hombre resultaría incompleto.

Vuestro trato, en cambio, da nuevo ser y

nueva vida al hombre: con él y por él el niño se domina; el estudiante se alienta; el guerrero se enciende; el artista se anima, y el filósofo se consuela. Vosotras dais á todo la vida del sentimiento, la vida de la pasión, que el hombre con el hombre no concibe. Esto es lo que se ha propuesto la sociedad del liceo al despertar del largo letargo en que yacía, procurándose vuestro trato con las reuniones de confianza, que inauguró con la del viernes 12 de marzo. La invitación que para ella se os dirigió, os admiraría desde luego, por sus bellas formas, su fácil estilo, y la galantería que para mejor engañaros encerraba; pero os causaría compasiva risa el que se os dijera en ella que deseábamos haceros partícipes de los honores y legítimos goces que aquí disfrutábamos. Sin vuestra presencia no hay goce alguno; vosotras sois en conjunto para la sociedad lo que la mujer al hombre, su complemento, lo que le falta para perfeccionar, para completar su ser, su vida. Á vuestra presencia nace ese fluido magnético, casi desconocido, que es el que por los sentidos habla directamente al alma y la subyuga; sin vosotras, en fin, el mundo entero moriría moralmente.

El poderoso influjo que ejercéis en esta como en toda sociedad, se ha patentizado una vez más con la reunión objeto de estos mal perjeñados renglones.

En ella se observó la animación y encanto que imprimís á cuanto os rodea; puede decirse, y permítaseme la frase, que el liceo sonreía de placer al poseeros en su recinto.

Ancho campo presentaba á un poeta el salón del liceo en esa noche para lucir su número y su genio; pero un poeta es un soñador y podría tal vez desvirtuar, por exagerado, lo que es verdaderamente era tan grato; lo que en mala prosa resulta con su sola esposición tan halagüeño.

Ya veo fruncir el ceño á algún poeta, y quiero antes de seguir justificarle mis temores.

Trata un poeta de pintar una mujer perfecta, y nos dice que sus ojos son luceros, afilada su nariz, de fuego sus labios, sus dientes de perlas, su piel de blanco armiño, con rosas por mejillas, hebras de ébano por cabellos, cuello de alabastro, etc. etc. ¿No os figurais, llevando al límite estas metafóricas y exageradas comparaciones, que el tipo ideal de su loco ensueño, sería una mujer que tuviera por ojos dos bocas de horno, una lanceta por nariz, por labios carbones encendidos, por dientes menudas cuentas del precioso collar que adorna su hermoso y perfecto cuello de carne tentadora y no de mármol frío, etc. etc.?

Pues ¡qué diremos de su afán de comparar, siempre en su deseo de ensalzar la belleza de la mujer, que es, en mi juicio, el tipo, el límite de la perfección terrenal y de la belleza

que á nosotros nos es dado comprender! Mas bien me explicaría yo el vice-versa; esto es, que para encomiar al infinito cualquier otro objeto se dijese: *¡qué hermoso es esto; parece una mujer! y nó, ¡qué hermosa mujer; parece un ángel, ó una imagen ó una flor, ó una Venus....!*

Poeta habría de estos entusiastas que, al referirse, por ejemplo, á la reunión de que me ocupo, habría dicho: *¡Qué delicioso encanto producía el salón verde del liceo, trasformado en eden por las hermosas! Allí la Srta. Dolores Villegas, con la dulce y expresiva mirada de sus hermosos ojos y la perfección de sus facciones, asemejaba una virgen de Murillo... conforme en parte con el poeta, rechazó el símil que más debería enorgullecer á Murillo, que á quien está muy por encima de sus obras, tanto por más perfecta en belleza física como por la vida y animación, mérito y belleza moral que el arte no da á sus obras.*

Allá, seguiría el poeta, la simpática, pura y bella Srta. Sofía Paso, rosa en capullo, de perfumado aroma.... y yo le interrumpiría repitiendo: que si en efecto tiene la fragancia y pureza de la rosa, y como aquella la reina de las flores, es esta la rosa de las mujeres; ni tiene las espinas de la flor, ni hay otra flor que á ella pueda compararse. Su virtud, su talento y atractivos avasallan el corazón de quien la admira. Esta bellísima señorita y todas, correspondieron tan fielmente además á las indicaciones que en la invitación se les hacía, que supieron unir el buen gusto y elegancia que tanto les distingue, á la mayor sencillez de sus trajes y adornos; valiéndose de la expresión del poeta: prescindieron de la hojarasca que suele encubrir la flor.

Más allá (supongo que habla el vate) vimos dos ángeles; que tal nos parecieron las hermanas Concepción y Elisa Arrugaeta.... Esto, señor poeta, ó señor Pero Grullo, le interrumpiría yo, no deja de ser una verdad incontestable; porque dos ángeles, como por su perfección son estas niñas, tienen que parecerse precisamente á dos ángeles; salvo el que V. ni yo hemos visto ángeles nunca, y sólo podemos concebirlas en la imaginación, contemplando á estas preciosas niñas.

Las delicadas y correctas facciones de la Srta. Matilde Enciso y su aire noble y distinguido, nos recordaban la gran figura de la diosa Minerva.... Convengo, si, en que esta simpática y bella señorita reúne todas las condiciones de la diosa; pero no puede á aquella compararse, siendo una diosa mitológica, la que lo es real y verdadera.

Dos efígies griegas nos figuramos ver en las Srtas. Emilia y Teresa Montaña, seguiría el inspirado soñador, y yo que no creo serlo, ví en ellas dos hijas predilectas de esta tierra

andaluza, en que siendo todas graciosas y bonitas, se necesita la hermosura de estas para distinguirse.

Y ¿cómo pasar en silencio la singular belleza de la Srta. Emilia Contreras, á quien Vénus envidiaría su sonrisa?... Pero ella en cambio nada tiene que envidiar á Vénus, siendo la realizacion de su ideal arrebatador.

¿Quién es capaz de seguir á un poeta en sus desvarios? Yo renuncio á ello, creyendo haber ya convencido á los poetas de los temores que sus comparaciones me inspiraban, y voy en mi mala prosa á dar una ligera idea de lo que fué la primera reunion de confianza con tan buenos auspicios celebrada.

Adornaban el liceo, á más de las señoritas indicadas, las bellísimas y encantadoras Srtas. Victoriana Arcos, Eladia García Mazzeti, Dolores y Ana Peña, Antonia del Cid y Elisa Pindemonte; para todas las cuales hallaría el poeta mil frases galanas, bastando verlas y tratarlas para adorarlas con idolatría. Y honraron y dieron vida y ser á esta reunion las Sras. Doña Angeles Conchillo de Abarrategui, Doña Dolores Conchillo de Jimeno, Doña Juana Artacho de Paso, Doña Amalia Mazzeti, Doña Pilar Mazzeti de García, Doña Matilde Izquierdo de Andeiro, Doña Francisca Arenas de Guillen, Doña Carmen Auriol de Mira, Doña Beatriz Cabarrús de España, Doña Rita Enciso de Morales y no sé si alguna más que no recuerdo. A quien tenga la dicha de tratar á todas estas señoras, nada en su elogio podremos decir que le sorprenda, y al que no haya sido tan feliz, nos limitaremos á recomendarle que venga al liceo y podrá apreciar de cerca el excelente trato, finura, talento y virtudes que poseen en alto grado.

¿Qué extraño, pues, que el concertista Sr. Barroso (D. Adolfo) se inspirara luciendo su indisputable mérito al piano! Él principió á animar aquella reunion de no escasa y escogidísima concurrencia, con la gran pieza de concierto titulada: *La Tempestad*. Justos y merecidos aplausos se le tributaron, que fueron repetidos á la conclusion de otra fantasía que ejecutó admirablemente sobre motivos de *Norma*.

Después, la bellísima y amable niña Eladia García, accediendo sin instancias á los ruegos de la junta, que interpretó con ello los deseos de la reunion, entusiasmó tocando una fantasía sobre motivos de *Sonámbula*, con una ejecución y un gusto y una maestría, que honran su peregrino talento, así como á su profesor Sr. Guillen.

Invitada en seguida la Srta. Doña Concepcion Arrugaeta para hacernos oír el delicioso timbre de su preciosa voz, regaló nuestros

oidos con una lindísima barcarola que la acompañó su profesor D. Baltasar Mira, que puede estar orgulloso de tener discípulas tales.

Siguió luego la lectura de una composicion poética del Sr. D. Aureliano Ruiz, que fué calurosamente aplaudida por toda la reunion, y de la cual no me perdonaría privar á los lectores. Vedla aquí, y acepto las gracias que por su insercion habeis de darme.

À LAS BELLAS GRANADINAS.

SERENATA.

PRELUDIO.

«Canta» me ha dicho—la voz amiga
del presidente—de mi seccion:
y al vivo afecto—con que me obliga,
responde el móvil—de esta cancion.

Ella es un eco—reproducido
de lo que siente—mi corazon:
si á sus conceptos—prestáis oído,
veré cumplida—mi aspiracion.

Hay bajo el cielo—de Andalucía
una risueña—gentil ciudad;
cuna del arte,—de la poesia,
de la belleza,—de la amistad.

Tiene leyendas,—y tradiciones
que testifican—su antigüedad,
y en rotos muros—rotos bastiones
que asombro causan—á nuestra edad.

Hoy es cristiana—y ayer fué mora:
hoy olvidada:—sultana ayer:
hermosa siempre—y encantadora,
de vida imagen—y de placer.

Conserva restos—de su riqueza,
brillo que suele—resplandecer,
y monumentos—de su grandeza,
y de sus glorias—y su poder.

Tiene palacios—de filigrana,
orgullo un tiempo—del musulman:
tiene una vega—verde y lozana:
nieves perpétuas—frente á un volcan.

Brisas que el alma—con oleaje
voluptuoso,—llenan de afan;
aves que trinan—entre el ramaje,
flores que al aire—perfumes dan.

¿A qué su nombre?—Ni hay que nombrarla:
la fama al viento—lo dá veloz;
ojos me faltan—para admirarla:
para cantarla—me falta voz.

Naturaleza—con franca mano
todos sus bienes—la prodigó:
tierras feraces,—un clima sano,
un cielo puro...—y aun mas la dió.

La dió mujeres—de negros ojos,
de talle esbelto,—de breve pie,
de cutis limpio—de labios rojos,
de ingenio claro,—de ardiente fé.

De amor en lides—son espansivas;
son fastuosas—sin altivez;
si se las habla—son persuasivas;
son hechiceras—si se las vé.

Ellas consuelo—de nuestras penas,
almas nacidas—para el amor,
con cariñosas—blandas cadenas
fácil mitigan—nuestro dolor.

De sus miradas—con el encanto,
de sus sonrisas—con el favor,
el alma triste—seca su llanto,
el genio tardo—brota creador.

Si hay algun hombre—que no las ame
ni las admire—con hondo afán,
dejad que el mundo—monstruo le llame;
las yerbas duras—abrojos dan.

La ley eterna—de ejemplo y guía
y de enseñanza—sirve a la par,
y los contrastes—son armonia:
viento es la brisa—y el huracan.

Yo tengo flores—para las bellas:
y a la hermosura—y a la virtud,
justo y galante—brindo con ellas:
tal es la gloria—de mi laud.

Junto a vosotras,—cantando amores,
dejad que pase—mi juventud:
si haceis cadenas—con estas flores,
¡bendita sea—la esclavitud!

Pobre homenaje—es esta ofrenda,
pero entusiasta,—fiel espresion
que os doy en gaje—y os dejo en prenda,
de vivo afecto—y admiracion.

A sus conceptos—prestais oido
y sois la causa—de esta cancion,
y ella es el eco—reproducido
de lo que siente—mi corazon.

El Sr. Barroso tocó despues una magnífica pieza del *Moisés*, que tuvo el mismo éxito que las anteriores.

Luego el simpático D. Juan Manuel Blánes cantó el polo de las *astas del toro*, y D. Manuel Izquierdo unas *malagueñas* con mucho estilo y ocurrentes coplas.

El Sr. Barroso terminó con un *Capricho húngaro*, gran pieza de concierto que se aplaudió tambien con entusiasmo, y despues leyó una improvisacion poética, dedicada al sexo feo, y de mucha chispa é ingenio, el Sr. D. Antonio Salazar; con lo cual, y a las once y media de la noche, se terminó tan grata reunion, que abrió un nuevo y hermoso porvenir para el liceo, donde cada dia serán más entretenidos y agradables estos ratos, conforme el frecuente trato desarrolle más la con-fianza entre todas las familias que concurren.

Para animar estas reuniones, bastará resu-

mir la primera, diciendo que en ella se consiguió y por la directa magia de la mujer, hacer de una noche tempestuosa y detestable, una deliciosa noche que no olvidaremos fácilmente los que tuvimos la dicha de disfrutarla.

LEOPOLDO E. DE ARCE.

Biblioteca.—La junta de gobierno del liceo, firme y persistente en elevar esta útil asociacion á la mayor altura y prosperidad posible, ha resuelto crear una *biblioteca* que en el mismo local del gabinete de lectura, proporcione á los señores socios instruccion y recreo, en las horas que previamente sedesig-nen. Para llevar á término con brevedad y eficacia, y sin gravámen extraordinario alguno, el enunciado pensamiento, la junta invita á todos sus consocios, y les suplica, si necesario fuese, que dediquen la obra ú obras que á bien tengan, con el único y exclusivo objeto de formar la coleccion de libros de ciencias, literatura y artes, que ha de constituir la biblioteca que se propone. El Sr. presidente general, D. Juan Pedro de Abarrátegui, con su abnegacion acostumbrada, y dando una nueva prueba del afecto y predileccion que tiene por esta sociedad, ha ofrecido y puesto desde luego á disposicion de la misma, por el tiempo que se juzgue necesario, trescientos volúmenes de obras escogidas y variadas, con la estanteria correspondiente para su colocacion: base y estímulo á la vez, que auguran prontos y felices resultados.

Para satisfaccion de los donantes y conocimiento general, publicaremos en los siguientes números de esta revista, los nombres de nuestros estimables consocios y el título de las obras que dediquen á la nueva biblioteca.

Liceo de Granada.—La junta de gobierno de esta sociedad, en sesion ordinaria de 22 del corriente, acordó celebrar la segunda *reunion de confianza* el sábado 3 del próximo mes de abril. Lo que se participa á los Sres. socios, invitándoles á que concurren con sus apreciables familias, para la mayor brillantez y animacion de este recreo: advirtiéndole que servirá de billete de entrada la targeta de tertulia.—Granada 30 de marzo de 1869.—El Secretario, Abelardo Martínez Contreras.

BASES, PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Esta revista se publica los dias 1.º y 15 de cada mes, en dos pliegos de impresion, 4.º prolongado, con 32 columnas de lectura compacta, igual al presente número.

Su precio por suscripcion, es: 2 rs. al mes en la Capital: 8 rs. trimestre fuera de la misma. Números sueltos 2 rs. indistintamente. Para los Sres. socios del Liceo, gratis. Los Sres. socios exentos de pago, tienen derecho á una suscripcion, abonando un real mensualmente.

Se suscribe en la Secretaría del Liceo, donde se hallan establecidas las oficinas del periódico.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.